

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

LUIS BENJAMIN CISNEROS.

Discurso pronunciado por el Dr. José Jiménez Borja, el 20 de junio p. p., con motivo de la actuación realizada en la Facultad de Letras en homenaje a Luis Benjamín Cisneros, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento.

Señor Ministro de Educación Pública;

Señor Rector;

Señor Decano;

Señoras y Señores:

La Facultad de Letras de nuestra Universidad Mayor no podía ausentarse de la cita de gloria que el Perú ofrece a Luis Benjamín Cisneros en la distancia epónima en que hemos ingresado y desde la cual su figura adquiere serenidad y fulgor semidivinos. Ya no es la palpitante indecisión de las vidas coetáneas, cuyo trajín escuchamos mezclando lo sublime a lo vulgar, sino aquella contextura precisa y elevada proporción de los que, envueltos en suave luz, tienen el andar apenas oído sobre una pradera de asfodelos. La Facultad debía estar presente, porque siendo de Letras y nacionalista la orientación de sus estudios, Cisneros es un penate al que invoca con frecuencia. En clases, deliberaciones eruditas, investigaciones y tesis ha cruzado y cruzará siempre la figura del hombre y del poeta.

En pocos casos de la historia literaria se dará una mayor adecuación entre el personaje y su obra artística. Lo que hay en Cisneros de íntimo en sus ideas, de penetrante en sus afectos, de tenaz en sus empeños, se refleja íntegramente en la poesía. Ella es como la floración legítima del árbol de su vida y no como una guirnalda externa que lo va decorando. A su vez, el ritmo lírico acompaña el torrente de su sangre entusiasta. Y cuando por largo tiempo

el cantor enmudece, no es que haya olvidado la melodía de sus estrofas. Al contrario, está viviéndolas porque ellas traen a nuestro amodorrado siglo XIX un mensaje de actividad progresista, de exultación trepidante, y él, que manda con la entonación del verso, cumplir empresas fecundas y energéticas, está aplicado a ellas como joven capitán de industrias o como adalid de la educación pública, aurora que presiente para la redención intelectual de su pueblo. Por ello trazaré un esquema de la vida copiosa, itinerario trashumante de generosidad, de dolor y de triunfo que abarca casi por completo nuestro siglo XIX y que por los grandes anhelos y el dramático ocaso, parece ser, a manera de cifra exponencial, su símbolo profundo. Luis Benjamín Cisneros nació en Lima, el 21 de junio de 1837, en la calle llena de leyenda de la Peña Horadada. La madre, doña Nicolasa Cisneros y La Torre, ejerce desde el principio la dirección moral del niño, le proporciona los mejores maestros de la época y se hace en todo acreedora de la ferviente devoción filial que se lee en la primera página de "Julia". El nacimiento en la calle limeñísima y la inteligente tutela materna, son significativos sucesos en el pórtico de la vida de Cisneros. Será siempre un limeño muy cabal, con las mejores virtudes de su tierra y en páginas diversas exornará el blasón poético de la ciudad; y en lo ético, asimismo, será un continuador de los cimientos sobre los que reposó su infancia, haciendo de su literatura una radiosa difusión al mismo tiempo de belleza y de bien, ejemplo, una vez más repetido, de que la educación es, por su esencia y por su significado gramatical, un imperativo de conducir hacia ideales preestablecidos y eternos. Cisneros tuvo como primer maestro a Fernando Velarde, el errante poeta español que trae al Perú entre sus avíos de viajero la chispa leve, pero capaz de los incendios grandiosos de la emoción romántica, porque entre la varia coloratura de sus himnos, Cisneros tiene el rojo llameante de la exaltación lamartíniana y huguesca. En 1852, cuando cumple los quince años, transido de la férvida inquietud que debió caracterizar la docencia de Velarde, a la severa disciplina mental, a la armonía bien regida de don Bartolomé Herrera. Y en su producción intelectual también parece haber cierta ascensión, a través de los años, desde aquellos ígneos hervores hasta la serenidad cósmica de su canto mayor. Es alumno del Convictorio de San Carlos en esta misma casa, cuyo aspecto ha variado tan poco. En 1886 el poeta recuerda con ternura sus días carolinos. Pinta los claustros austeros, reverberantes de luz en el verano y sombríos en el invierno; los dos patios clásicos, el de Jazmines y el de Naranjos; y la capilla, hoy el salón de actuaciones en que nos encontramos, "con sus doradas molduras, su techo de bóveda y su galería de santos padres e iluminadas escritoras piadosas". Evoca el sentimiento de admiración que causaba la presencia del viejo Mariscal Castilla, presidiendo los exámenes bajo el dosel carmesí del *General*, con los ojos chis-

peantes, fijos en los alumnos que respondían a las preguntas y rezongando entre dientes por la doctrina en exceso conservadora que allí se enseñaba. En San Carlos hizo amistades imperecederas e ilustres, como la de Ricardo Palma, Carlos Augusto Salaverry y Numa Pompilio Llona. Permanece en el venerable Instituto hasta 1855 y sale de él, hecho ya escritor con aureola promisor y noble. Había compuesto varias poesías y el cuento "Amor de Niño", divagación fina, con efusión desbordada, sobre un tema que hoy ubicaríamos en la exploración literaria del subconsciente y que para entonces tiene un mérito de adivinación y de fantasía atrevida y fresca. El 28 de julio de 1855 estrena en el Teatro Principal de Lima su alegoría escénica "El Pabellón Peruano". Vivos los héroes de Junín y Ayacucho, relativamente próximas las jornadas de la Independencia, y sobre todo presente en el teatro Castilla, que acababa de triunfar en La Palma, el éxito fué resonante. El verso tenía vibración de clarines y en su sencilla trama el parlamento hacía que alternasen San Martín, Sucre, Bolívar y La Mar, con La Paz, La Libertad y La Gloria. La Gloria y La Libertad habían cumplido, mediante la gesta de los capitanes, su tarea redentora. Ninguna matrona, en cambio, era más suspirada que La Paz. A los treinta años de libertad y de gloria, hacía falta en el Perú unas vacaciones de paz. Los ejércitos habían seguido ensangrentando al país con las discordias civiles y en tal estado de ánimo, la admonición contra la guerra intestina, hecha con gallardía de protesta y con esperanza de salmo, por un bardo juvenil de indefinible pureza y que confiaba en las fuerzas nuevas de una misteriosa generación que estaba por florecer, tuvo una acogida vibrante del público y la aprobación rotunda del Presidente que llamó a su palco a Cisneros y lo hizo, de allí para adelante, funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores.

De porte caballeresco, con el tipo distinguido en que destacaban la mirada y la frente, ennoblecidas por la intensa vida interior que a la larga moldea y caracteriza los rasgos humanos cuando se trata de estos hombres de selección, tenía para la representación del país en los asuntos exteriores, condiciones especiales que a veces el Perú aprovechó y a veces desaprovechó lastimosamente. Por otra parte, aunque la política no le interesa, sino algo así como el cuerpo astral de la política, es decir el substrato doctrinario y moral que haya en ella, se vé obligado a separarse de los gobiernos—como sucede con el mismo de Castilla en 1859—cuando éstos se apartan de su manera de pensar el interés público. Realiza entonces su primer viaje a Europa. Permanencia de estudio y absorción ávida de la cultura en París, con cursos que denotan su multiforme curiosidad: Historia de la Filosofía y Derecho; Economía Política y Literatura, en las aulas de la Sorbona y del Colegio de Francia. En calidad de particular, permanece allí hasta 1861, en que reingresa al servicio, con el cargo de Cónsul en El Havre. Su

primera estancia en Europa dura hasta 1866, en que regresa al Perú con motivo de los acontecimientos bélicos y diplomáticos con España. Su nombre está vinculado a ellos como Secretario de la Legación en Madrid, durante la misión del contralmirante Valle-Riestra. Literariamente, los años de Europa han sido fecundos, aunque no como ambicionaban sus nobles planes. Ha escrito muchos de los poemas que después han pasado a formar parte de la colección "De Libres Alas", edición póstuma, aunque preparada por él. Varias de las producciones de este volumen, como "El Pabellón Peruano", "A Lenalah" y otras, son anteriores a su primer viaje, porque si bien faltan algunas que se deben a su pluma, este conjunto editorial responde en su esencia al subtítulo de "Poesías Completas". Es, asimismo, anterior el drama en verso "Alfredo el Sevillano" que se estrenó en el Teatro Variedades, de Lima, el 29 de julio de 1856, y que es un tributo a la erupción teatral de nuestro romanticismo, que tan irónico arrepentimiento suscitaba a D. Ricardo Palma. En 1860 envía desde Francia la novela "Julia o Escenas de la vida en Lima", impresión de Bouret, y sus octavas "Al Perú", que se publican en la "Revista de Lima". "Edgar-do o un Joven de mi generación" recibe en 1864 la misma estampa de las prensas francesas. Ensayo el género histórico con una hermosa biografía de San Martín, que también aparece en la misma publicación. Su experiencia en el consulado de El Havre es intensa y múltiple, porque el problema de la distribución del guano y sus hondas consecuencias atraen su atención y la prolongan a todos los aspectos hacendarios del país. De allí su libro "Varias cuestiones económicas del Perú" con que matiza su distinta y rica cerebración, siempre al servicio de la patria. Son varias las veces que retorna a Europa en el puesto que le asigna el Estado, una de ellas después de haber contraído matrimonio en 1869. Su contacto con el medio superior de aquellos países lo transparenta en su obra de manera constante y gradual probando que su espíritu se encuentra en vigilante asimilación de lo más moderno y más profundo. De 1873 a 1879 permanece en Lima. Casi olvida los versos, porque se dedica a grandes negocios, de los cuales es gerente y conductor principal. Su credo lírico es de progreso y su mensaje de trabajo incesante, bajo las égidas de la justicia y de la paz. Está predicando a la juventud peruana, esta vez con el ejemplo lo que muchas otras le ha dicho con el acento musical de sus estancias. Pero no olvida sus elevados amores a las letras. Es un Mecenaz sin estruendo y con generosidad discreta favorece a los literatos que lo necesitan. Asiste a las veladas del "Club Literario" que preside D. Francisco García Calderón y del que es socio, en él que Palma lee Tradiciones, y Lloná, transidas quejas del alma. Como cumple a quien es gran poeta, sin embargo de que lo aprisionan las urgencias de sus delicadas ocupaciones, ejecuta algunas pulidas estrofas, como "Insomnio" y "Vespertina" y el diálogo lleno de

encanto sencillo, que se titula "El Collar". Prueba de què, planeando vastas empresas mercantiles, vive junto a la realidad el trasueño de la poesía:

¿Qué es esta misteriosa y vaga
dulce como los ecos de una lira,
que en mi cerebro sin cesar suspira?

El estremecimiento que produce en su fina sensibilidad el campo de lo bello, le hace compañía en aquellas jornadas al parecer prosaicas. Y el hechizo de su vieja ciudad, con la alameda silente que recorre la vibración de los broncees, le trae el sentimiento delicado de la tradición, entre el contacto de las presencias materiales:

Pláceme en la alameda solitaria
cerca del templo, de quietud en pos,
escuchar de los monjes la plegaria
y al son de la campana funeraria
pensar en Dios.
Ver de estos cerros áridos la espalda
dorada por la luz crepuscular,
y de los verdes campos en la falda
—esmaltado paisaje de esmeralda—
a lo lejos el mar.

La guerra del 79 destroza la prosperidad comercial de Cisneros, como que sus empresas estaban relacionadas con la riqueza del salitre que el Perú perdió en el balance final de la contienda. Contraste muy triste, pero muy digno de un poeta que tenía reservas espirituales para sobrellevar el infortunio y seguir dándole gallardamente la espalda, en marcha optimista al porvenir, en cuyo seno iba a hacer resonar la sinfonía solemne de una epopeya de amor, de esperanza y de resolución. Su conducta en la guerra es de sacrificio y su actitud en los días aciagos que siguieron a enero del 81, de dignidad patriótica. Acompaña al Gobierno de García Calderón y cae con él, optando por la obligada emigración. Precisamente, en los días de convalecencia del país, escribe la "Introducción" de "Aurora Amor", como si pensase que aquella desenvoltura cíclica de sus visiones estimulantes de luz y de fuerza iba a transfundir al espíritu aletargado de la nación, una vitalidad restauradora. Retorna al Perú el 85 y ya no viaja, sino en busca de salud el 89. En 1888 ha comenzado la paulatina dolencia que irá lenta, pero firmemente, minando el cimiento físico sobre el que reposa aquel espíritu robusto, aquella mentalidad tan potente que sobrepasa la miseria de la carne; pero que al fin concluye por derrumbarse con ella para retornar al arcano del cosmos, cuya

temblorosa fecundidad había presentido tantas veces y expresado con las imágenes más resplandecientes y lustrales. Sus últimos años, en lucha con el daño acechante de la materia los cruza con una fidelidad conmovedora para el intelecto. Desde su regreso, en 1885, se había incorporado a la actividad literaria, alternándola con altos cometidos públicos, como la reforma del Reglamento Consular, la Junta Consultiva de Hacienda y el Consejo Supremo de Instrucción Pública. El Ateneo de Lima lo elige Presidente de la Sección Literatura y Bellas Artes, y la Real Academia Española de la Lengua lo designa su Miembro Correspondiente, a propuesta de José Zorrilla y Marcelino Menéndez y Pelayo. Instalada la Academia el 30 de agosto de 1887, Cisneros es su Secretario Perpetuo y mantenedor del primer acto público de la institución con la lectura de fragmentos de "Aurora Amor" que entonces se revelan ampliamente a nuestro medio. Diez años más tarde la admiración artística se ha acrecentado con la aureola de una nueva generación literaria, que ve en Cisneros su más alto maestro. Chocano deja en manos del poeta su libro "Azahares" y le expresa que sólo lo publicará con su juicio aprobatorio. Cisneros le escribe una generosa carta que se convierte en prólogo y que el nuevo bardo exhibe como un escudo de nobleza, por venir del "príncipe de la poesía nacional". El entusiasmo que suscitan sus últimos poemas, en especial "El Momento Supremo", que su hijo Luis Fernán Cisneros recita en una velada patriótica de 1897, determina a un grupo juvenil que acaudillan José Santos Chocano y Juan Francisco Pazos Varela a solicitar del Ateneo la Coronación de Luis Benjamín Cisneros. En nuestro país, en donde la inteligencia y la virtud alcanzan tan retardado y mezquino premio, merece resaltarse el valor de este acto puro, promovido por jóvenes, en que participó toda la ciudad y que dió un halo de gloria a un poeta anciano e inválido la noche del 23 de agosto de 1897. Ricardo Heredia, Numa Pompilio Llona, Agustín T. Whilar, Francisco Gerardo Chávez, Teobaldo Elías Corpancho pronuncian elogios brillantes del poeta, y luego Monseñor Manuel Tovar, entre la emoción del selecto conjunto que ama la poesía y siente la sugestión de los trances solemnes, lo corona "por el Ateneo, la Municipalidad, la Universidad de San Marcos, la Academia de la Lengua y por todas las instituciones científicas y literarias del país, en nombre de la Suprema Belleza, de la Verdad Infinita y de la Justicia Eterna". Sobre nuestra ciudad de hace 40 años, debió pasar como un aura refrescante de espiritualidad y de gracia. Los términos enfáticos, como de rito trascendente de la coronación, hacen recordar extintas y sublimes celebraciones. Era el homenaje de su tierra. Otros había tenido, anticipados, de la nación española que él reverenciaba como buen hispanoamericano, entre ellos la Placa de Comendador de Isabel la Católica, a raíz de su triunfo en los Juegos Florales de La Habana con su "Elegía a la Muerte del Rey Alfonso XII". Ejerce todavía

algunas funciones públicas, como la de Director del Archivo Nacional, en lucha dramática con su naturaleza decadente; dicta sus últimos versos; pone título y redacta la presentación liminar de su libro definitivo; y se queda esperando tranquilamente la hora de morir, sin más angustia que la del porvenir de su casa, en comunicación con lo eterno, como era natural a quien nunca perdió la fe en Dios y puso en la pauta de su ancha armonía, sin que jamás contradijeran, la riqueza de la tradición y el fulgurante amanecer del progreso. El 29 de enero de 1904 murió don Luis Benjamín Cisneros, y su entierro dió origen a un tributo majestuoso del sentimiento nacional. Javier Prado y Teobaldo Elías Corpancho se hicieron intérpretes de la profunda realidad de ese sentimiento.

Hay en la obra de Cisneros muy variados aspectos, como en las cumbres ciertamente gigantes, multiplicidad de ricas laderas. Hay, desde luego, el aspecto del financista que escapa a mi radio visual, pero que debe de tener vital interés por la calidad del talento y el sentido práctico de este raro hijo de las musas a quien, como ya he dicho varias veces, la llama azul del estro no le excluía el campo de las implicancias realísticas. El aspecto del amigo de la instrucción pública, que combate en los consejos por la aplicación de planes y métodos modernos, se me queda, asimismo, un poco brumoso y perdido entre las negligencias de la historia de nuestra cultura. El aspecto del funcionario de nuestros negocios extranjeros espera un enfoque técnico a que mi habilidad no alcanzaría. Me limitaré a precisar, actualizando en parte, versiones autorizadas, el contenido literario de sus escritos, por los que, de modo especial, nos congregamos hoy día, en torno de su llama augusta.

Cisneros literato es principalmente el poeta de alta, radiante, plástica inspiración lírica y épica. Pero al lado de su obra en verso, suele palidecer y casi olvidarse su obra en prosa de escritor imaginativo, que funda el género de la novela en el Perú. Sucede así a veces en la historia literaria. Es el destino de algunas páginas predilectas que posponen el de otras no menos interesantes y vivaces dentro de la fluencia espiritual de un gran autor y que son del todo indispensables para juzgarlo de conjunto. En efecto, "Julia" y "Edgardo" son dos relatos novelísticos que integran, necesariamente, un proceso imparcial de la obra de Cisneros. Son, en primer lugar, como ya lo he apuntado, los sillares de nuestra literatura de observación y fantasía, si como es lógico, solamente reconocemos excelente intención en los ensayos de Don Narciso Aréstigue.

Desde luego les daremos la categoría cierta de novelas. El llamarlas protectoramente "ensayos", se justificaría si la producción posterior hubiese estado muy por encima en calidad y la actual constituyese una fronda llena de dorados frutos. En los tiempos aledaños a 1860 no distan mucho de "Julia" y "Edgardo" los li-

bros que imitan los "romances" de Francia. El mayor número es inferior lo es todavía en época en que Lamartine no es ya el modelo, sino lo son Balzac y Zola, y cuando la técnica ha progresado extraordinariamente. Se puede indicar con precisión la impericia artística de Casós para elevar sus relatos del nivel de panfletos políticos argumentados, en esa etapa próxima; y ya mucho más tarde la protesta indigenista de la señora Matto de Tourner, que quiere recubrirse con la gracia, para ella inalcanzable, de la creación estética. Es verdad que Cisneros se propone fines didácticos y que pretende moralizarnos. En "Julia", antes que censurar la pasión del juego, quiere que seamos más profundamente sinceros y que la exterioridad brillante y la compensación material de la vida no supediten a la real inclinación del sentimiento. En "Edgardo" nos invita, con la entonación de una proclama, a acentuar nuestro interés por el país desorganizado y deshecho por las revoluciones. Pero ese afán por divulgar ideas, no es razón para empequeñecer el mérito de una obra literaria. En nuestro tiempo—sin contar la profusa literatura de prospecto social—George Bernard Shaw estima, por reiterada confesión, que el teatro no es para él, sino un alto-parlante, desde el cual le es más fácil difundir su fe en la Evolución Creadora. Y David H. Lawrence, lleno de recursos, desenvuelve el mismo esquema del matrimonio aberrante, que cien años atrás desenvolviera con ingenuidad Cisneros, para predicarle a la vieja Inglaterra una regeneración por la sexualidad genuina y franca. Lo esencial no es que la literatura sea utilizada como foco irradiante de doctrinas, sino que sea tal literatura. Y en este sentido, estos dos volúmenes de Cisneros son base para una respuesta satisfactoria. Existe la fabulosa invención y nuestra simpatía se hunde en ella, siguiendo el argumento bien graduado hasta el desenlace propio del género. Aparte la saludable enseñanza, el fin de recrear se consigue. Se debió conseguir mucho más en la época, desde luego, y así lo prueba la popularidad de "Julia", demostrada en innumerables referencias contemporáneas y en la edición de folletín que se hizo en Arequipa. Debió leerse y discutirse con la animación con que hoy se presencia y se debate una película resonante. Luego los personajes, el ambiente y el enredo prendían en la fantasía general, y esto es la exigencia príncipe de la novela. Desde los arcanos de este tipo literario, Menéndez Pelayo le fija esa característica imprescindible. En seguida podemos condescender en los defectos. Los personajes están simplificados en extremo, sobre todo los secundarios, que a veces ni nombres tienen, llamándose por letras incógnitas, como los signos del álgebra, lo cual podría ser elegancia muy moderna, como lo vemos en narradores exquisitos, si no fuese incipiente lejana y temblorosa. Los personajes en conjunto, tienen una psicología demasiado hechiza, y podríamos hablar de exclusión del medio, si en los caracteres de mujer no encontrásemos suavidad, ensueño, gama sentimental y escondido he-

roísmo, que pertenecen inconfundiblemente a las limeñas. “Edgardo”, por esto, debió llamarse más justamente “Adriana”, ya que Edgardo-personaje, se aplasta bajo el peso de su epopeya cívica, gravita en exceso a lo trascendente de los destinos patrios y muere como un símbolo escueto, mientras que la linda mujer que lo acompaña, se queda en su ciudad de plazuelas y campanarios, chismes, ingenio, galantería y lujo, viuda joven y como un signo imperceptible de lo estable, a través de las mutaciones y de los siglos. La mujer es descrita con religiosa reverencia, como la conceptual amada de la poesía de los trovadores. “Tipo ideal y sagrado de belleza”, dice el novelista, de una de sus criaturas. Y de su figura parece que emana un resplandor azul, cierta luz mórbida y al mismo tiempo mística, que produce cálida adoración. Pero estos juguetes líricos, trazados en el aire de caprichosas viñetas, viven, sin embargo, en la cotidiana realidad, y el arte de Cisneros alcanza a darles humana palpación: son novias, hermanas, esposas, madres y hay para ellas aspiraciones trucas, pobreza sufrida, altivez sangrante, pero, al fin, una como providencial enmienda de la suerte que las deja sonrientes y serenas. Para conseguir tal resultado, apura, forzadamente, una serie de soluciones de urgencia en las postrimerías de la novela. Necesidad de que todo termine con un suspiro dichoso para ellas, no obstante que Alberto muere en la deshonra y la distancia, y de que Edgardo cae en la guerra civil, soñando el risueño porvenir de la patria.... El doble título de las novelas aclara su propósito. “Escenas de la vida en Lima” cumple con darnos algo de aquellas idas costumbres. Las fiestas de familia, la intimidad obligada de los vecinos, los festivales del teatro, la cita de la aristocracia en la Alameda. Sobre estas costumbres cae el tanz de una severa moral, para separar el vicio de la virtud. Casi los mismos defectos que treinta años antes provocaban los dardos satíricos de don Felipe Pardo en sus comedias; pero Cisneros no esgrime el sarcasmo impiadoso, sino el silogismo ético que nos conduce a través del argumento, desde las inconvenientes premisas, hasta la dramática conclusión. En las descripciones hay parsimonia, delicadeza, algunos aciertos con lo típico; pero está muy lejos de transportar la vistosa galería de coloreadas figuras que vislumbramos en el teatro y el artículo de costumbres; cosa rara si pensamos que escribía en Europa y podía realizar esto mejor por la añoranza y el contraste. Del paisaje y la vida pueblerina, tenemos en “Edgardo” una preciosa acuarela. Pinta un veraneo en Miraflores, que entonces tenía verdaderos ranchos y huertas con chirimoyos y platanos, y hace el encarecimiento eglógico del valle y del barranco marino. Invita a los limeños a alejarse del árido peñón de Chorrillos y vaticina para Miraflores un porvenir de gran ciudad residencial. “Un joven de mi generación” dibuja iguales usos y maneras, correspondientes a los años entre el 52 y el 54, pero con más empeño didáctico concentra el relato en

torno de la figura de un joven oficial que quisiera la redención del país. Por él piensa y habla el mismo Cisneros y todos los jóvenes de entonces, que descontentos de los viejos políticos y los viejos sistemas, esperaban el anuncio de un cambio auroral. El capitán Arceles gustaría ponerse al servicio de esa nueva generación. Y clásico en su fervor, no la imagina tumultuosa y demagógica, sino serena, enérgica, capacitada y justa. Víctima del destino de nuestro siglo XIX, que iba hacerse más aciago en los años siguientes, el meditativo Edgardo es mortalmente herido en una batalla fratricida. Esta profunda queja patriótica que no es sino el inmortal anhelo de ver a su país vertebrado, fuerte y venturoso, llena toda la obra de Cisneros y le dá a su traza de novelista y de poeta, que nunca fué político, la grandeza cierta de un repúblico y el ademán majestuoso de un arconte de la vieja edad. La prosa de estas novelas es correcta y elegante. Discurre sumisa al superior designio del artista; cuenta con el ajuar de palabras que le es necesario a su misión y es rica especialmente en adjetivos y comparaciones. Tan pronto se apresura, con el andante de los sucesos, como se reclina morosamente en las divagaciones líricas o filosóficas que le sugiere el cuadro de los hechos humanos.

A través de la vida de Cisneros hemos visto ya que nunca dejó de ser poeta. Sus mismas novelas están con su poesía en una relación de vasos comunicantes. Analizando un poco su vida y analizando un poco estas novelas, hemos adelantado mucho en el estudio de su poesía. En efecto, su inspiración está íntimamente tramada con la realidad social que le tocó cruzar. Frente a ella lo vemos reaccionar como profeta a la vez que hierofante, con el designio grave del que cumple una revelación e inicia en una fe nueva, embriagada de optimismo y de amor. Cisneros es el primero de nuestros épicos. Se escucha al fondo de sus canciones el murmullo lírico de un alma personal, sensitiva, cándida. Pero, por sobre ese murmullo se eleva constantemente la resonancia de su voz amplísima, llena de brío humanitario, de solidaridad con su patria y con el mundo, que recoge las inquietudes anchas del común dentro del ánfora torneada de su verso. Tiene, en consecuencia, un mensaje que comunicar a su pueblo. Revistemos, con rapidez, las principales ideas que lo forman. Hay, en primer término, un intenso amor al Perú. Es ejemplar la hondura de este cariño que aparece en la adolescencia y no lo deja nunca, ni en lejanas tierras, donde, a falta de las fanfarrias y clamores de un 28 de julio, se pone a escribir endecasílabos enhiestos y brillantes como un desfile de lanzas. Su patriotismo no es simplemente añoranza telúrica, dulzura de la tierra acogedora y materna, a la manera virgiliana; *nos patriae fines ad dulcia linquimus arva*; sino profundidad de ideas conductoras para conformar el estado, haciéndolo surgir del caos vacilante y difuso a la claridad y seguridad de la ley:

La América del Sur lucha y se agita
de la anarquía al borrascoso embate
porque en su mente un ideal palpita
y el nuevo verbo en sus entrañas late.

y en ese grandioso espectáculo del Continente regido por la justicia y el adelanto científico quiere restablecer al Perú el antiguo sitio de honor que legendariamente tuvo. No es pueril resaltar estos afectos del gran poeta, porque en el trascurso del tiempo el nacionalismo ha decrecido o se ha sectarizado haciéndose incompleto. El de Cisneros es integral: quiere al Perú de todas las regiones naturales, de todas las épocas históricas y de todas las denominaciones étnicas. Siendo hispanizante, no menosprecia al indio, ni quiere un Perú que arranque solo de la conquista.

Comprende que en un país de mixtiones es disolvente la prédica de hegemonías raciales. De manera distinta procede cierta fracción del indigenismo que es excluyente y ultraja con frecuencia al aporte europeo de nuestra nacionalidad fomentando rencores sangrientos. El amor a España tiene su máxima expresión en la poesía de Cisneros con la elegía a Alfonso XII. Está distante esta composición de ser una lúgubre trenodia. Lamenta con sincera tristeza la muerte del joven soberano, pero al igual que las Coplas de Jorge Manrique, se eleva del dolor particular al filosófico. Cierta austera melancolía flota llena de dignidad en el decurso, y facilitada, con su omisión de lágrimas, altas consideraciones sobre el destino y calidad de la raza. Resulta así un canto heroico a las glorias seculares de España, que concluye con la afirmación de hispanidad de América y la certidumbre de que, gracias a ella, está en pie el imperio que se ha creído extinto:

¡Oh! ¡No es cierto que el sol que iluminaba
la corona imperial de Carlos Quinto
y Felipe Segundo
deje ya de alumbrar tierra española
al recorrer el mundo.

Poeta épico, centrador de anhelos y esperanzas, recoge los grandes mirajes de su siglo. Es típicamente un *progresista*. Cree que la centuria está cargada de perspectivas luminosas y que en ella el hombre, más que nunca, se ha aproximado a la felicidad sobre la tierra. El recuerdo de Quintana afluye luego a la memoria. La comparación, sin embargo, pronto desvanece la posible identidad. Quintana cantó también el progreso indefinido, la ciencia liberadora, la democracia, la filantropía, la imprenta y hasta la vacuna; pero Quintana con demagogia de Club del 48, maldijo roncamente la tradición de su patria, no hizo diferencia entre poesía y oratoria tumultuosa, y aferrado al enciclopedismo, malgastó su ver-

bo en el servicio de constreñidas y secas ideas. Cisneros, en cambio, es un progresista ecléctico, que junta la ambición de amanecida que hay en los hombres de su escuela a los más puros y eternos valores del ayer. En su verso no hay tampoco la declamatoria oquedad de Quintana, sino una propia y elegante solidez. Su mensaje es, pues, patriótico y de progreso. En su idea del progreso hay toda la fe estremecida, en la ciencia, la libertad y la fraternidad entre los hombres, que se tuvo en la centuria pasada; más la fe en Dios, la adhesión a la obra de nuestros mayores. Todas estas grandes ideaciones se vienen desenvolviendo a través de su obra poética, pero alcanzan una esplendorosa culminación en el vasto poema, por desgracia inconcluso, "Aurora Amor". Sólo nos dejó Cisneros "La Introducción" y cuatro cantos. Como su nombre lo indica, el amor es la aurora, que abre sobre el universo y la historia su luz calurosa y vívida, multiplicación infinita y palpación eternamente repetida que hace fructificar la belleza y el bien, la sabiduría y la justicia. Cisneros tiene de lo real una percepción que traspasa siempre lo visible y sorprende lo recóndito del Cosmos. Por eso, ama más que a nadie al Florentino que se paseó por los profundos círculos y las celestes esferas. El amor lo presente en las más próximas y las más lejanas cosas; en los gérmenes diminutos y en la inmensidad creadora; derrocha encendidos y vigorosos versos para ensalzarlo, acumula los colores más ricos y las imágenes más gentiles para transmitir la sensación de su fuerza, de su renacer y de su fecundidad inagotables. Este himno parece extraído de los Vedas y ser la oración de un culto inflamado por la contemplación del cielo, el Sol, la semilla, el árbol, el ave, no extáticos, sino en el rauda giro de las incesantes renovaciones. Podríamos pensar que el poeta sufre la exaltación no dominada de un lirismo rousseauiano; y no es así, porque "Aurora Amor" tiene una arquitectura clásica, proporcionada y serena. A veces, llega hasta la frialdad parnasiana para el diseño, en que la estrofa adquiere pureza y pulcritud pentélicas. Esta afición óptica a los gigantescos dioramas, lleva a Cisneros a pasear su fantasía por los mundos, ya no con el motivo directo del amor, sino en graduales derivaciones de él, a propósito del mar, del tajo al Istmo de Panamá, de la aparición del siglo XX. El mar es un espectáculo digno para sus ojos ávidos de pujante grandeza. El mar será más bello si lo surca la nave que vence al bárbaro poder de la naturaleza y que obedece a la inteligencia del hombre. He ahí un retorno, por este y por todos los caminos, al tema de la ternura y el estímulo a los trabajos humanos:

¿Quedó vencido?

—No.

Dícelo a todo

el universo el armonioso canto
de sumisión profunda

a la indomable voluntad del hombre,
cuya labor fecunda
con una faja vertical de tela
y un leve tronco, construyó el esquife
que la onda rasga y como en triunfo vuela
y le dio inmóvil guía
en las fijas estrellas tutelares;
himno de amor, de gloria y poesía
hosana de confusos
misteriosos acentos
que brotan de invisibles
subacuáticas selvas seculares;
vagoroso rumor, rítmico grito
que en alas de los vientos
alzan del globo los convexos mares
por toda la extensión del infinito.

La última conclusión que sacamos de su ideario es la del optimismo para vencer en las pacíficas contiendas del trabajo y de la ciencia. Justamente lo que necesitaba el Perú que comenzaba a trabajar y comenzaba a aprender. Palabras desoídas—por eso inacabadas en su composición cenital—pero que todavía nos pueden servir porque tras vacilantes ensayos, la nación ha vuelto una y otra vez a quedarse en su estación de partida. Puede darse Cisneros así la recompensa póstuma de verse todavía un maestro osado y triunfante, purificador y constructor, veraz y amoroso, irradiando la conducta patria con el ritmo de su poesía eléctrica, con alto poder conductivo de salud, de vigor y de esperanza.

Cisneros aparece en la generación romántica peruana y es costumbre incluirlo entre sus grandes figuras. Tiene con los románticos esta camaradería de capítulo histórico y además, en sus primeras páginas, la trémula *confesión* que alcanza una plena transparencia en el diálogo con su madre *De mi Album Intimo*:

Me preguntaste madre, esta mañana
viendo inclinada al suelo la cabeza,
cuál es la causa de mi pena insana
que se revela en mi mortal tristeza...

Conservó siempre también la impetuosa corriente de la palabra, el deslumbramiento por lo novedoso, la acumulación de la afectividad que de sus versos fluye como de senos pródigos. Cisneros al igual de Ricardo Palma se aleja prestamente del romanticismo. Manteniendo algunas viejas virtudes y sobre todo su comunicativa vibración amorosa, adquiere sobriedad y templanza medida y limpidez que son gloria de los espíritus áticos. Es así integralmente humano. Efusivo por su generoso sentimiento y geométrico por su soberana inteligencia. El dolor que lo arraigó en la

parálisis y la mudez de sus últimos años pudo darle como a Leopardi el tormento cósmico, la idea de que toda la naturaleza era una conspiración espantosa contra su persona. Pero nos encontramos con la tranquila y humorística *Carta a mi difunto amigo Juan Vicente Camacho* en que pausadamente y manteniendo su noble cordialidad se prepara a morir con el convencimiento de que siendo un germen diminuto en la grandiosa procesión de la vida y de la muerte hay que incorporarse a ella en paz y alegría:

Morirán las nebulosas
que aun están por existir
el hombre como las cosas;
el astro como las rosas;
todo acaba por morir.

Al cumplirse cien años de que nació esta vida que a su vez gozó, sufrió y murió con la fugacidad que nos comunica el anterior quinteto, inscribamos la constancia de que su figura ideal permanece como un signo augusto de nuestras letras y esparciendo, a pesar del cambio de los gustos y la sucesión de las escuelas, imperecederas aspas de luz.

Junio de 1937.

JOSÉ JIMÉNEZ BORJA.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

